

---

## LOS ATENTADOS CONTRA EL CZAR.

---

No podríamos, aunque quisiéramos, apartar el pensamiento de los sucesos de Rusia. Para todos los partidarios de la reaccion presentábase el vasto territorio como la América Sajona para todos los partidarios de la libertad; es decir, como el polo inmóvil, donde ponian su vista y que determinaba su marcha política. Y Rusia no es una region liberal, pero es una region revolucionaria. Hace algunos dias, el Emperador se paseaba solo por una de las aceras pegadas á su palacio de invierno, aprovechando la mañana y el ejercicio para acerar un poco sus nervios, exaltados por las preocupaciones políticas, y enriquecer en el oxígeno de un aire puro su sangre, empobrecida por la asfixiante atmósfera de los palacios. Padece el emperador Alejandro de una pertinaz melancolía, y procura, como todos los melancólicos, la soledad, necesaria ciertamente



á las grandes tristezas del alma. De hermosa presencia, de buen natural, de largo reinado, querido hasta ahora en su pueblo, al que ha procurado muchos adelantos; respetadísimo en Europa, sobre cuya suerte ha ejercido tan desmedida influencia, debiera sonreírle completamente la felicidad, si no fuese por esas enfermedades morales que se contraen allá en las cúspides del poder absoluto, y que parecen como un contraste y contrapeso puesto por la Naturaleza sábiamente á los arrebatos de la soberbia y á los endiosamientos de la omnipotencia.

La voluntad, obligada por coacciones morales y materiales á ejercer máximo imperio sobre las demas voluntades, se embota y se desmaya cuando trata de extenderlo á sí misma. La historia habla de muchos grandes generales, que vencieron á los demas y no acertaron á vencerse á sí mismos. De haber superado la propia ambicion, como superaron las fuerzas ajenas y contrarias, brillarian César y Bonaparte con la aureola de la libertad, y tendrían en la historia futura, implacable para los conquistadores y para los tiranos, un nombre tan puro como el nombre de Milcíades ó el nombre de Washington. ¡Parece imposible! Los fuertes con los demas contraen una debilidad extrema consigo mismos. Y de esta debilidad nacen los desarreglos nerviosos que los lle-

van á las tristezas profundas. Ese Emperador, incapaz de verter por su propio albedrío una gota de sangre, ha tenido, por fatalidades hereditarias, que coger un pueblo medio resucitado y encerrarlo de nuevo por fuerza en su antiguo sepulcro. ¡Cuánta sangre, cuántas lágrimas arrancadas, por las necesidades del nacimiento y de la estirpe, á corazones á quienes quizás hubiera amado, de nacer en otra condicion más humilde y poder oír con más libertad los latidos de su corazón y las voces de su conciencia!

¡Quién no recuerda con horror aquellas procesiones de niños, de mujeres, de jóvenes, todos inermes, que pedían al eco de los himnos religiosos, con la unción de los mártires, una patria, y por toda satisfaccion los sicarios rusos los fusilaban, tendiendo más de doscientos muertos al pié de las efigies de la Virgen, mientras los supervivientes iban á las fortalezas como á resucitar los tiempos heroicos del Cristianismo en sus combates, elevados á verdaderos holocaustos por la libertad y por la conciencia! No es maravilla, pues, que todas estas terribles necesidades de su posicion hayan amargado la vida del emperador Alejandro, y que toda esta amargura haya traído á su complexion fisiológica un gran desarreglo nervioso, y á su complexion moral una melancolía terrible.



Bien es verdad que tiene algo de hereditaria esta enfermedad en su familia: Pablo I, su abuelo, padecía de tales genialidades, que no podían sufrirle ni la nobleza, ni el pueblo, ni siquiera sus propios hijos. Una conspiración palaciega, por sus más cercanos amigos y aún deudos confabulada, intentó tan sólo arrancarle violentamente la abdicación, y le arrancó la vida. En la faja de uno de los oficiales de su guardia murió ahorcado aquel insensato. Pues esa melancolía, más ó menos agravada, transmitióse como vínculo hereditario por toda su familia. El emperador Alejandro I, uno de los hombres más distinguidos de principios de este siglo, pasaba con rapidez vertiginosa de unas á otras ideas y de unos á otros sentimientos; ya místico hasta el iluminismo, ya filósofo hasta la impiedad; ora fomentando las libertades modernas, como un legislador de Cádiz, cuya constitución adoraba con idolatría; ora poniéndose al frente de la Santa Alianza, cuyas reaccionarias ideas patrocinaba y personificaba, como poco ántes las ideas democráticas; inquieto y tornadizo, cual si buscara en los oleajes de sus varios pensamientos un lenitivo al tumulto de sus alteradas pasiones. Y todo el mundo sabe en Europa que Nicolás, el hermano de Alejandro I, el padre de Alejandro II, hoy reinante, murió semi-suicida, por haber salido

á pasar revista en fría mañana, con fiebre terrible en la sangre, y á cuerpo, como buscando una pulmonía fulminante que le acabase para siempre; pulmonía encontrada, cual le anunciaba su médico, que llegó á lanzarse á la cabeza del caballo y hasta cogerle por la brida, para impedir una resolución de despecho, equivalente á una sentencia de muerte.

Lleva en sí Alejandro II la tristeza, como lleva la corona, por razón de su cuna y por transmisiones de la herencia.

Así paseaba su melancolía en una de estas melancólicas mañanas de Rusia. Apenas puede figurarse uno, desde nuestras costas, ceñidas por el Mediterráneo y perfumadas por el azahar, esas mañanas del helado Petersburgo; apenas puede uno comprender la necesidad que habrá allí de agitación y de movimiento para dar un poco de su calor á los nervios rígidos y á la piel aterida. Movíase el Emperador en este agitado movimiento, cuando vió venir hácia él una especie de empleado público, vestido con su correspondiente uniforme, de aire distinguidísimo, de andar resuelto, de presencia gallarda, de maneras finas. Por una de esas revelaciones que los instintos de conservación sugieren, tanto al ánimo como al organismo, el Emperador, al verle dirigirse hácia él, pensó maquinalmente si querría matarle en aque-



lla soledad, y esquivó un poco su cuerpo. Mas el asesino dió un salto, se plantó enfrente, sacó un revolver, y le asestó casi á boca de jarro, ó mejor dicho, á quema-ropa, tres ó cuatro tiros. Una mujer que pasaba á la sazón, y un centinela que hacía guardia no léjos de allí, salvaron milagrosamente al Emperador, y salieron con algunas contusiones y heridas en la lucha porfiada entre sus fuerzas y las fuerzas del criminal. Su víctima le dirigió solamente algunas tristes reconveniones y se entró en palacio á dar cuenta de su milagrosísima salvacion.

El reo quiso suicidarse con un veneno que llevaba á mano, y no pudo conseguirlo, porque le hicieron tragar inmediatamente un contra-veneno. En presencia de estos hechos, sólo se ocurre decir: ¡cuántos crímenes engendra el absolutismo! ¡Cuán horrible es la creencia de que el crimen puede dar de sí ningun bien jamas! ¡Cuán resueltos deben estar todos los que amen la libertad á difundirla, defenderla, salvarla por los medios lícitos y justos, pues el arma del crimen se vuelve siempre contra la causa misma que la emplea!

Este atentado ha descubierto dos cosas ignoradas por los resignados á las impurezas de la realidad: la descomposicion del Imperio y la fuerza de sus enemigos.

No es fuerte un Estado cuando es absoluto y desconoce al hombre sus derechos y á la sociedad sus leyes. La fuerza de los Estados se encuentra en la libertad. Bajo una Iglesia encargada de postar las conciencias en el seno de inmóvil ortodoxia; bajo una autocracia que paraliza todo impulso de la voluntad individual; circuidos por policia pública y secreta, que se extiende desde los hogares hasta las oficinas; amenazados de la deportacion y áun de la muerte; los sectarios sacuden su servidumbre, y saltan como las primeras chispas de una erupcion desde los abismos insondables, donde al fuego de las pasiones hirvientes se forja una nueva Rusia, una nueva tierra de lava, sobrepuesta á la antigua tierra de hielo. No les preguntéis á esos sectarios qué ideas concretas tienen, ni qué programas prácticos enseñan: la furia les ciega, y el instinto de destruccion les posee.

Como llevan sobre los hombros el peso inmenso de una sociedad tan servil y de un poder tan omnímodo, no se curan de cómo sustituirlos, sino de cómo derribarlos. Caiga todo, dicen; la catedral bizantina de mil colores, donde brillan los santos rígidos como la liturgia moscovita, porque es un sepulcro de las inteligencias; el palacio donde centellea y fulmina el Czar, porque es una ergástula de los ciudadanos; y el cuartel



donde habita el ejército, porque es como la losa funeraria de los pueblos; la oficina de toda la administración, porque alberga los esbirros que espían hasta la expresión de los ojos: el preso no se lleva ni una piedra del calabozo donde ha dejado el vapor de sus lágrimas y el eco de sus maldiciones. Reconocedlo; después de las últimas reformas, abiertos los parlamentos en toda Europa; erigidas las tribunas donde antes se erigían las tiranías; gobernándose, por regla general, á sí mismos los pueblos en la plenitud de su derecho; solamente queda una nación revolucionaria en el mundo, aquella que no puede pensar, aquella que no puede oír á sus oradores, aquella que no puede hablar, aquella que no puede obtener una representación de su voluntad y de su inteligencia, la más fuerte en apariencia, y en realidad la más débil: la nación moscovita.

Así está llena de sociedades secretas, que, si algún día salieran á la luz y aplicáran sus ideas, las moderarían por fuerza y las realizarían muy cambiadas por necesidad; pero que hoy, mientras habitan el misterio y viven en las sombras, tendrán el carácter de todas las ideas misteriosas y se resolverán en el estallido de una negación tremenda. Acordaos de lo que eran los masones á los ojos de una sociedad absolutista, los más revolucionarios de los hombres, y ved lo que son

los masones á los ojos de la sociedad moderna, los más prudentes y mesurados quizás entre todos los liberales. Si le hubierais preguntado á un mason de otros siglos qué deseaba en presencia de una monarquía absoluta, quizás, confundiendo la monarquía con el Estado y la sociedad, hubiera dicho que destruir el Estado y acabar con la sociedad. Y hasta cierto punto, no puede menos de suceder así. A las afirmaciones extremas del poder, se levantan las extremas negaciones de la oposición. Si el uno es la autocracia, desengañaos, por ley lógica incontrastable, la otra debe ser necesariamente el nihilismo.

Así, no busqueis en esta secta la riqueza de ideas y la variedad de horizontes que tenían las antiguas sectas socialistas, las cuales eran teológicas, cosmológicas, artísticas, místicas, sin dejar de ser por eso esencialmente económicas.

El nihilista dice: nada de Estado, porque todo Estado oprime; nada de propiedad, porque toda propiedad corrompe. La nación debe morir, como el Estado; la patria debe desaparecer, como la propiedad. Una serie de municipios, donde todos gobiernen y sean gobernados al mismo tiempo, y donde todos posean la tierra en comun, debe componer una sociedad sin variedades y sin categorías. El artel cosaco, que emigraba como si fuera prendido á las pezuñas de sus caballos nó-



madras; la tribu eslava, que reproduce el antiguo patriarcado indio: hé ahí el bello ideal de los humanos progresos. No busqueis en el seno de este gran movimiento ninguna otra idea que lo impulse; no creais encontrar ningun nuevo apocalipsis social en la altura del fragor que producen y de los terrores que derraman los apocalípticos sectarios. La negacion tiene la misma bárbara sencillez que la autocracia.

Y los sectarios se hallan organizados de bien maravillosa manera. Se conocen entre sí por signos cabalísticos, y ningun agente del poder los conoce. Se reúnen, y ningun esbirro ha podido sorprender sus reuniones. Publican periódicos, cuyas hojas diarias caen del cielo de la cama donde el Czar se acuesta, y de las copas de los árboles que en las estufas del palacio crecen. Tienen un gobierno tan recatado, que jamas se averiguan las personas, y en todas partes se ven los actos. Tienen tribunales que juzgan y acuerdan, cumpliéndose sus acuerdos como las fatalidades de la Naturaleza y como las sentencias del destino. Y con jueces tienen tambien sus verdugos. Un prefecto de policía lee la hoja misteriosa que le notifica la sentencia de muerte, y se alza de hombros; pero en el número de los esbirros con que persigue á sus víctimas se encuentra el ejecutor de tal sentencia, quien le mata sin piedad

y huye sin recelo. Parece imposible; mas el conspirador se desliza en el seno de los tribunales, en la cátedra de las escuelas, en el despacho de los ministros, en la vivienda de los czares, por tan misteriosos medios y con tan porfiada constancia, que lo creeriais la córte, el Gobierno, la Iglesia, la administracion, la sociedad entera. Se ha mandado poner á la puerta de cada casa dos guardias, como si las casas fueran cárceles, y estos guardias no pueden evitar el estallido de bombas y petardos, terribles tanto por el daño que hacen como por el terror que siembran.

Las alarmas continúas cunden por las calles, y el recelo penetra hasta en el retiro de las casas, como en los tiempos neronianos. El condenado á muerte por el tribunal oculto aparece tendido en las calles, cual si hubiera puesto fin á sus días un rayo del cielo. Hay familias que no salen sino con numerosas escoltas. Hay ministro que no recibe ni á sus secretarios. Hay potentado que no deja acercarse persona extraña ninguna á sus dominios, como si las cercanías estuviesen apestadas y él fuera un caballero feudal. Verdaderamente, nunca el terror de abajo, en ningun tiempo de la historia, se impuso arriba con tan formidable imperio. Parécese tal estado social á esos movimientos subterráneos que espantan por misteriosos, y que amagan trocar en sepultura



la tierra misma que os sobrelleva y os alimenta.

El Gobierno ha llevado la represion á sus últimos extremos, y no ha podido desarmar á sus enemigos. En tiempo de Nicolas se prohibia á las universidades tener cierto número de alumnos, y en tiempo de Alejandro se revocó tal prohibicion. Pues ahora se cierran y se abren con frecuencia; se despide ó se llama á los alumnos con arbitrariedad; se declara que continúan los cursos, pero no continúan las cátedras con escándalo. Hay necesidad de tener una policía que cele á la policía, y un ejército que cure del ejército. Las ciudades se han convertido en campamentos, y los generales mandan como pudieran mandar en una batalla. El defensor de Sebastopol, Totleben, reina en Odesa, parecida á una nueva Varsovia. El general Gurko pasa por las calles de las capitales como si pasára por los desfiladeros de los Balkanes. La mitad de los rusos espía á la otra mitad. Llénanse los caminos que conducen á Siberia, de proscriptos sin número y sin consuelo, y las minas de esta region nefasta llénanse de condenados sin proceso y sin sentencia. La pena de muerte, poco aplicada en los tiempos de más funesta reaccion, renace con terrible recrudescencia. El gendarme tiene que defenderse y atacar como una fiera rabiosa. La horca se dibuja en los aires, como si hubiéramos

vuelto á los tiempos de la Edad Media. El alférez Dragmanof, con cuatro reos más, ha sido fusilado una de estas mañanas. Ya no cabe ni más rigor, ni más crueldad, ni en la policía mayores medios, ni en el ejército mayor fuerza, ni en la política mayor reaccion; pero tampoco cabe mayor impotencia. Si el estado de sitio permanente, si el mando de los generales arbitrario, si la policía aumentada, si las guarniciones en pié de guerra, si los destierros en leva, si la vigilancia de cada casa por dos guardias, si la Siberia poblada miéntras se despueblan los hogares, si los fusilamientos en masa y la horca en perspectiva no pueden conseguir nada, ¿dónde buscará el Gobierno nuevos medios de represion y nuevos elementos de combate?

Estas revoluciones toman tal carácter de universalidad y arrastran con tanto ímpetu á las naciones, porque nacen de todas las inteligencias como ideas, y como interes arrastran en sus corrientes á todas las clases. ¿Por qué el Emperador se ve sorprendido en su lecho por las proclamas nihilistas? Porque es revolucionaria la córte. ¿Por qué los cuarteles se inundan de estas hojas? Porque es revolucionario el ejército. ¿Por qué la policía no encuentra á los conjurados? Porque es revolucionaria la policía. ¿Por qué las víctimas designadas por el gobierno misterioso caen exá-



nimes, atravesado de puñal su corazón, y no hay quien las defienda ni quien las vengue? Porque es revolucionario el pueblo. La fórmula nihilista, por más llamativa, por más extraña, atrae la atención universal y la embarga, como aquellas célebres definiciones de la propiedad dadas por Proudhon, las cuales perdían todo su veneno letal en cuanto perdían su aparato retórico y dejaban de aparecer en toda su desnudez paradisiaca y en toda su nativa brusquedad. Lo más grave del caso es que en torno de este nihilismo tan aterrador se unen clases enteras, gentes de todas procedencias; los deseos sin límites á la libertad sin restricciones; en una palabra, la revolución. De un estado así, ya tenemos muchos ejemplos en la historia. Cuando el siglo XVIII comenzó á desplegar sus fuerzas reformadoras, y el espíritu moderno á recoger en su seno y aplicar á la vida práctica las inspiraciones de arte que tuvo el siglo XVI y las inspiraciones de filosofía y de ciencia que tuvo el siglo XVII, toda la aristocracia francesa y parte considerable de la aristocracia europea abrazaba la revolución, é iba, como llevada por la Providencia, á desatar los huracanes que debían arrancar bajo sus plantas los castillos feudales y de sus sienas las antiguas coronas.

Entonces el Papa recibía las dedicatorias que le enviaba Voltaire; el Emperador daba las leyes

josefinas como principio y comienzo al nuevo Estado láico; los Borbones expulsaban á los jesuitas, y con los jesuitas á los ejércitos permanentes de la autoridad tradicional; las damas se desceñían sus complicadísimos tocados, y bajaban á los teatros campestres á recitar las églogas pastoriles de la igualdad natural, y á representar las comedias revolucionarias del socarrón Beaumarchais; entre los caballeros que iban á combatir por la independencia y por la República en América se contaba Lafayette, y entre los aliados de esos republicanos, dos reyes como Carlos III de España y Luis XVI de Francia; entre los innovadores que aspiraban á montar en el globo aerostático recién descubierto y á difundir la filosofía racionalista recién divulgada, se veía un príncipe de la sangre, como el Duque de Orleans; entre los grandes oradores del nuevo Evangelio social campeaba el Vizconde de Mirabeau; un Talleyrand llevaba mitra; y un Sièyes era abate, sin contar con otros, como Gregoire; de suerte que la idea revolucionaria había subido á los altares, á los castillos, á los tronos, en su ascension constante y misteriosa, impulsada por las leyes inexcrutables de la Providencia, cuya luz resplandece desde las primeras á las últimas páginas de la humana historia. Pues lo mismo su-



cede en Rusia : la aristocracia es la primera en impulsar el movimiento avasallador, que no podrá ser contrastado por ninguna fuerza, ni detenido por ninguna resistencia, pues son siempre incontrastables las grandes aspiraciones de la libertad.

---

## LOS NIHILISTAS.

---

La tentativa de asesinato contra la persona del Czar ha suscitado de nuevo la curiosidad general, y la ha convertido hácia esa extraña secta, propia del misterioso y dilatado imperio moscovita. Ante estos crímenes frustrados, persuádese el más ciego á reconocer por enseñanzas incontestables la ineficacia del mal para logro del bien. Ó no prevalece la maldad, ó de prevalecer, consigue fines contrarios á los que intenta. La Providencia mide el resultado conforme á la intencion. Y no quiere dar á malos intentos prósperos fines. El que asesinó á Enrique III, por su tolerancia con los hugonotes, no pudo impedir el reinado de Enrique IV, autor ilustre del tolerantísimo Edicto de Nántes. El que asesinó á César, por fundador del Imperio, no pudo asesinar á su heredero Augusto. Nosotros hemos visto á reyes y emperadores, señalados por el destino con la